



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1843

## SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

FIACRO YRAYZOS

El tonto

FERNANDO AMADO

Desilusión

JOSÉ MOREIRA

A quien madruga...

EL DOCTOR BOMBARDA

Ejemplo que imitar

FELIX RECIO

Poemita

TOVAR

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de  
«Naná».

5 cénts.

"NANÁ",

Que desmiente su nombre, porque lo vale todo

# SECCION VERMOUTH

**A** HORA sí que va de verdad. A juzgar por todos los síntomas estamos en Primavera.

Hay espárragos, hay fresas, hay lilas... sobre todo lilas, que es flor completamente primaveral. Estamos en el tiempo adecuado para el desarrollo. Crecen los días, crecen las plantas, crecen los tubérculos... todo crece gracias á la tibieza de un ambiente perfectamente favorable á la vivificación.

Correspondiendo á este estado atmosférico, las personas también nos adaptamos al medio y los hasta ahora acocuinados, reverdecemos y nos engallamos, dicho sea con buen fin. Ya lo dice el clásico... el clásico refrán:

«La primavera,  
la sangre altera».

Naturalmente que hay quien ni con esto se altera, pero es lógica consecuencia de que ya la tiene fría, pues por algo es ley de Naturaleza que los años no pasan en balde.

En cambio, los ricos en glóbulo rojo sienten los naturales cosquilleos, propios de la renovación, y marchan erguidos y lozanos por la senda alegre de la vida moza.

A estas expansiones propias de la época responde, sin duda, la moda de la indumentaria femenina.

A los sombreros de enorme y caída ala en que las cabezas de las señoras iban

materialmente encerradas en una especie de capazos, sin que se las pudiese ver el rostro, ha sucedido otro airoso y recortado, que permite admirarlas en todos los detalles de sus caras lindas; las plumas lloronas que caían musijas y macilentas, la moda las ha sustituido por otras tersas en forma de empingorotado y airoso pompón, lo cual es un símbolo propio de la estación.

Los hombres, tenemos que aplaudir esta innovación en el tocado de las damas, porque es tanto como si les dijese: «Fíjate en mi sombrero; soy partidaria de lo rígido, lo inflexible, lo fuerte».

## UN CONSEJO



—¡Ay lectora, procura no caer y si caes que no sea en el suelo como yo, porque te harás mucho daño!

Y es verdad, ó debe serlo, porque ya están ustedes viendo que la mujer se ha ido poco á poco entrenando en las diversiones varoniles, y si prefiere el vigoroso sport, sport que... le da la gana. Más razonado ni aunque lo dijese el señor Gay, ese Bel-

### AL DÍA SIGUIENTE



*El.*—Pero nenita ¿tu mamá no te ha hablado de estas cosas?

*Ella.*—Sí, pero en caso de que ocurrieran por la noche.

monte de la ciencia, como Belmonte es el Gay de la tauromaquia. ¡¡Ya gay dos fenómenos!!

Pues si del sombrero bajamos al vestido (mejor sería subirlo), nos encontramos con que las estrecheces se van acentuando más aún, cosa que nos llena de júbilo, porque si esto ocurre en primavera, nos estamos ya relamiendo al pensar lo que pasará en pleno verano. ¡Cualquiera va á saber este estío, si es tío ó es sobrino, cuando pase á mi lado una mujercita vestida con arreglo al figurín! Al menos, eso me figurín yo que ocurrirá.

Tal es la teoría moderna. ¡Hay que es-

trecharse! Claro es que suele ocurrir, que por estrecharse viene luego el ensancharse, por aquello de que los extremos se tocan, y de eso precisamente se trata, de tocar los extremos, que después seguirán los medios, los medios de defenderse contra las consecuencias de estrecharse. Recibamos, pues, la primavera como se merece, jovialmente, mas hagámoslo con la tiesura y la rigidez que reclaman las circunstancias para no quedar en ridículo.

Saludemos á la fresa, al espárrago y á la lila, pero no nos vengamos con lilailas.

Porque el que así no lo haga, se expone á que el otro sexto le provoque un choque. Y luego que no le choque.

### Un pequeño reporter.

### HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...



*El.*—¿Cómo que no existe el amor? Pues si tus papás no se hubieran conocido ¿vivirías tú?

*Ella.*—¡Bah, esos son ratejos perdidos!

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR

**El tonto** Bartolo tenía en el pueblo fama de tonto... ¡pero cualquiera le metía el dedo en la boca! Casado con una mujer bastante guapa, nadie comprendía que hubiera habido una moza capaz de enamorarse de semejante alcornoque, como daban en llamarle los que no le conocían. Como feo, era muy feo; pero á pesar de aquella ca-

### OYENDO Á LA COMPAÑÍA ITALIANA



- ¡Qué indecente es esta obra!  
 —¡Mamá, si es en italiano y tú no lo entiendes!  
 —Eso se entiende en todos los idiomas.

bezota gorda y de aquella cara ridícula, Bartolo no tenía nada de tonto, sino que, por el contrario, en cuantas ocasiones se presentaban daba pruebas de un ingenio sutil y de una astucia refinada, como verá el que tuviere la curiosidad de seguir leyendo.

Había en el pueblo una recién casada llamada Isabela, hermosísima mujer, fresca como una lechuga, sonrosada como una manzana, y que por lo incitante de sus redondeces, era la desesperación de todos los hombres del pueblo, solteros y casados. Para ella no había buenos mozos, ni ricachones, ni dádavas, ni promesas. La hermosa Isabela era honrada y además tan enamorada de su marido; que el intentar rendir esa fortaleza era perder el tiempo. Nadie en el pueblo podía jactarse de haber conseguido de ella ni siquiera una sonrisa

que tuviera el menor asomo de concupiscencia. Era lo que se llama una mujer inexpugnable.

Un domingo por la noche, reunidos en la taberna los mozos del pueblo, entre los que se encontraba nuestro insigne tonto, recayó, como de costumbre, la conversación en Isabela, coincidiendo todos en la imposibilidad de conseguir favor alguno de ella.

De pronto, se oyó la voz de Bartolo que, con un aplomo y un convencimiento absoluto de lo que decía, exclamó:

—¡Esa mujer que creéis imposible y que á todos os desprecia, será mía en cuanto yo me lo proponga!

Una carcajada general fué el comentario que siguió á esas palabras. ¡Bartolo, el tonto, el alcornoque del pueblo, conseguir á Isabela!... ¡Imposible! ¡Más fácil era tocar la luna con la mano!...

Bartolo insistió, los otros continuaron burlándose de él, hasta que en vista de la tenacidad con que lo aseguraba el tonto,



—Ve á la pescadería de la esquina, pide medio kilo de merluza, y dí que es para la parroquiana que siempre lo lleva en dos rajás.



—La verdad, que eres un viejecito muy apañado.  
—¡Y eso que me he dejado la dentadura en casa!

se concertó una apuesta. Una merienda para todos en el soto del tío Rodrigo, que pagaría el que perdiera la apuesta; ó Bartolo, ó todos los demás, á escote.

Al domingo siguiente estaban merendando todos en el soto. El vino corrió de largo y no escaseó el cordero asado ni la tortilla de escabeche ni el queso... y todo el gasto lo pagaron los demás. Bartolo había ganado la apuesta y ya se murmuraba por el pueblo que había conseguido dormir con la Isabela; con la hermosísima mujer inexpugnable; pero ¿cómo se las arregló Bartolo? Eso merece párrafo aparte.

## II

—¡Cuenta, cuenta cómo fué!—dijeron todos.—Y Bartolo comenzó la relación de su triunfo de esta manera:

—Ya sabeis—dijo—que la Isabela está muy enamorada de su marido.

—¡Pues por eso era muy difícil—exclamó un mozo.

—Al contrario, por eso ha sido más fácil—replicó el tonto.—Veréis: Hace tres

días, una mañana que la Isabela bajaba al arroyo á lavar la ropa, me acerqué á ella, y le dije: «Oye, Isabela, ¿estás segura de que tu marido no te engaña?» Y me contestó:

—«¡Segurísima! Pondría la mano en el fuego».

—«¡Pues mira, no la pongas—la dije yo,—porque te quemarías!»

—«¡Mentira, mentira!... ¡Eso es una calumnia!»—Y se echó á llorar de rabia.

—«No es calumnia—añadí.—Tu marido



El.—Mira, en aquel banco nos conocimos hace ocho años.

Ella (aparte).—Te conocí yo á ti, que tú á mí no me has conocido todavía.

persigue á una mujer, y hasta se ha permitido escribirle una carta pidiéndola una entrevista á solas en una de las posadas del pueblo».

—«Que no lo creo, que no lo creo!»—gritaba la pobrecilla.

—«Pues bien, pa que te convenzas de que es verdad, te diré que esa mujer á quien persigue tu marido, es la mía».—Fi-

## SUERTE PERRA



—¡Sí señores, treinta años y todavía de doncella en la misma casa! Así es que estoy para tirarme á las paredes.

guraos la cara de sorpresa que habría puesto la infeliz.

—¿Pero eso era mentira? —preguntó un mozo.

—¡Claro que mentira! Pero veréis...

—Sigue, sigue—dijeron todos con curiosidad.

—«Pues, sí —la dije yo,—pero como mi mujer es tan buena y tan honrada como tú, le ha faltado tiempo para contármelo todo, ¿y sabes lo que yo la he aconsejado?»

—«¿Qué?»

—«Que le conteste á tu marido que sí, que acepta la entrevista, pero á condición de que tenga lugar á obscuras, para evitar el rubor natural, ¿comprendes?»

—¡Infame! —gritó la Isabela llorando.

—Ya te puedes figurar que quien va á ir á la entrevista no es mi mujer, sino yo. Y allí, avergonzado tu marido del engaño y sorprendido *in fraganti* encontrarla muerta, porque te advierto que lo mato... ¡lo mato!

Y la Isabela, asustada, lloraba exclamando:

—¡No, por Dios! ¡Qué desgracia tan grande!

¡Pobre marido! ¡Eso nunca!

Entonces yo voy y la digo:

—Oye, ¿por qué no haces una cosa?

—¿Cuál? —dijo ella.

—¿Por qué en lugar de ir yo á la posada y tener un compromiso con tu marido no vas tú, como si fueras mi mujer? Como la entrevista será á obscuras, le esperas, accedes á todo muy cariñosa y á la despedida le desengañas, se encuentra contigo, te convences de su infidelidad, él se arrepiente y todo queda en secreto sin escándalo y sin ruido.

—¡Muy buena idea! —dijo ella.

—¿Y qué pasó, qué pasó? —preguntaron todos á coro.

—Que, en efecto, aquella noche fué la



El amigo.—¡Si para lo que vas á hacer no es preciso que te molestes en desnudarte!

Isabela á la posada; que á obscuras accedió á todo lo que había que acceder... y hasta le parecía poco... solamente que á la despedida, al encender la luz, en lugar de encontrarse con su marido... ¡se encontró conmigo!

Fiacro Yráyoz.

## Desilusión —¿Cuándo le viste?

—Anoche.  
 —¿En el teatro?  
 —Sí, en el teatro delante de mi coche...  
 ¡Qué cambiado está!... El cabello se le ha llenado de canas, el rostro de arrugas; tiene la boca desencajada, los ojos sin brillo... ¡Parece otro hombre!  
 —¿Y guapo?  
 —Sí, todavía... ó por lo menos simpático. Los Don Juanes en ruina siempre son agradables.

—¿Te saludó?  
 —Me saludó distraídamente; un saludo borroso, ambiguo, de hombre gastado.  
 (Pausa).

—¿Y pensar que yo estuve loca por él...  
 —Pero, ¿es cierto?...  
 Nunca he llegado á creer en la leyenda de ese amor.

—Pues no dudes. Le he querido mucho, mucho... Y le quiero aún, no obstante los seis años que han pasado desde entonces. Él acababa de estrenar su drama *Tentación*, que, como sabes, obtuvo éxito inmenso. Todos los periódicos hablaban de él con encomio, yo veía su retrato en todas partes... Aquéllo era para mí una obsesión y llegué á enamorarme del autor dramático; después quise enamorarme del hombre y le escribí una carta diciéndole que deseaba conocerle... ¿Verdad que cometí una gran locura?

(Ríe).

—¿Locura?... ¡No!... ¿Por qué?... ¡No sé en nombre de qué ley las mujeres no han de poder dar vado á sus sentimientos!... Estoy en la creencia de que tenemos tanto derecho como el galán más despreocupado.

—Dices bien... Pues yo le escribí varias veces, y él me contestó. Conforme el tiempo pasaba sus cartas iban siendo más cariñosas, más apremiantes... Esto no dejaba de agradarme, mejor dicho, me satisfacía y me llenaba de orgullo saber que quería

conocerme á todo trance, pronto... no podía soportar más tiempo el vehementísimo deseo de hacerme suya...

—¿Y resististe?

—Resistí cuanto pude; no fué mucho; unos cuantos meses... Al fin, empecé á sentir que aquel hombre sufriese tanto por un capricho mío, y comprendiendo que aquella situación no podía mantenerse indefinidamente, le escribí citándole en mi casa.

—¡Qué imprudente! ¡Citarle en tu casa! Eso no debe hacerlo jamás una mujer. El

## TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Modelo Hoja de Parra.—Traje de recibir, para señora, que oscile entre los treinta y los cuarenta (lo de menos es la edad si es guapa, lo que importa es que oscile).

exceso de confianza suele perjudicar más que todos los pecados juntos.

—Sí, fuí una loca, lo reconozco; pero no pude remediarlo; mi capricho se trocó en viva impaciencia, y tenía más deseos de verle, que los que él manifestaba de verme á mí. ¡Qué impresión tan extraña experimenté al verme á solas con él! Yo tenía diez y seis años; él pasaba de los cuarenta y cinco: me pareció simpático, pero intemperante, desbocado... como envanecido de su talento y de sus triunfos... Yo me hallaba cohibida, no me atrevía á levantar los ojos: él hablaba alegremente, requebrándome con el aplomo del que cree haber vencido...

(Pausa).



—¡Hombre, esta mujer es como el tordo, la cara delgada y la terminación de la espalda obesa!

—¿Y qué?

—Yo le dije que nuestros amores durarían toda la vida; él se echó a reír. Yo insistí; él reía siempre llamándome:

—¡Niña, niña!...

—¡Niña!... ¿Y por qué?—exclamé.

—«Porque á mí se me acabará la vida mucho antes de que tú llegues á vieja...»

Después me cogió por el talle; yo me abandoné entre sus brazos murmurando:

—«¡No me dejes nunca!...» Entonces se puso muy serio.—No quiero engañarte—

dijo;—sería un crimen inútil; es preferible que nos separemos».—«¿Por qué?»—pregunté.—«Porque soy demasiado viejo para ti...»

Y no sucedió más; charlamos un rato correctamente, sentados en butacas distintas: después se fué, perdonándome... ¿Verdad que es una aventura muy hermosa?

—Sí, muy hermosa y muy humana. Cam-pamor lo dijo:

*La niña es la mujer que respetamos,  
y la mujer la niña que engañamos.*

**Fernando Amado.**

**!!! A quien** Queridísimos her-  
**madruga...** manos en el Amor:  
Ni sé en verdad de  
qué hablaros hoy,

ni tengo tampoco ningún cuento notable que relataros. Claro está que no todos los días ocurren cosas estupendas en los vedados del placer, y que muchas veces se pasan las semanas enteras —*rara avis!*— sin que la crónica amorosa pueda llenar una mala cuartilla; pero un servidor no se resigna con esta falta de noticias y quiere á todo trance contaros algo, queridísimos lectores y dulcísimas lectoras.

En realidad, como faltar asunto por completo, no falta. Rumores de sucesos pequeñitos; como si dijéramos asteroides del gran sistema planetario del Amor, llegan en este momento á vida brindándome á trasladarlos al papel.

Uno de esos rumores se refiere á una doncellita de dieciseis años, un verdadero

### ENGAÑO MANIFIESTO



*Ella (furiosa).*—¡Ni usted es tenor de zarzuela grande ni es nada; ha prometido cantarme seguidos los tres actos de *Curro Vargas* y apenas si ha podido con la introducción!



*El.*—¿Conque conoce usted á ese aviador? Pues me gusta mucho cuando se eleva con su monoplano.

*Ella.*—Cuando más me gusta á mí es cuando hace la bajada.

*El.*—Aterrizaje, señora, aterrizaje.

*Ella.*—¿Se dice ahora así?

capullo con todos los delicados encantos de la juventud y la gracia; la cual andaba enamorada hace días de un joven estudiante que vive pared por medio de su casa.

El mancebo se fijó dos ó tres veces en la niña y aun la dijo varias frases tiernas por la ventana, en ocasión de encontrarse ella regando los tiestos; pero no pasó la cosa de aquí.

La doncella se abrasaba en inocentes é inexplicables deseos, y el estudiante se mostraba terriblemente frívolo.

La pobre niña, que se veía adelgazar por momentos, empezó é meditar un plan salvador; pero, inocente y cándida paloma, lo único que se le ocurrió fué meterse una mañana muy temprano en el cuarto del estudiante, aprovechando no sé qué providencial combinación de llaves olvidadas, y

esperar en muda contemplación á que se despertara y la viese.

Despertóse, en efecto, el galán, y al ver á la niña cerca de la cama echóse á reir alegremente.

—Caramba, estrella matutina ¿tú por aquí? ¿Quieres servirme el desayuno? Pues llámame á las once.

La doncellita quedóse pálida y desconsolada. No era aquella salida la que esperaba. Y temblando de vergüenza y despecho salió de la habitación del estudiante y se fué á la suya.

Todo el día se lo pasó llorando su desgracia, que en verdad lo era aquel fracaso de sus ilusiones, y al caer la tarde sintióse agradablemente sorprendida por la visita de un primo en segundo ó tercer grado.

El primito era un buen mozo, guapote y avisado, y apenas se dió cuenta de la soledad en que la niña vivía, empezó á mostrar vivo interés por ella y á preguntarle la



*Ella.*—¡Hola Pepito, le recibo á usted en este traje para que pierda esa timidez que no le favorece nada!

*El.*—De todas maneras no me atrevo á decirle...

*Ella.*—¡Pues, hijo mío, así se las ponían á Fernando VIII!

causa de aquella palidez que marchitaba las rosas de sus mejillas.

—¿Amor sin duda?

—Es personaje de muchas campanillas para mí.

—¡Oh! No hagas caso. Ya sabes que

### EL DESTRUCTOR



*La tabernera.*—¿Le echo un quince?  
*El señor Luis el anarquista.*—¡Prefiero que eche usted medio chicol

Amor no mira linaje ni rinde pleito homenaje.

—A estas alturas no sube nunca el amor.

—Di mejor que son á las que primero baja.

—¡Ah! ¿Luego el amor vive todavía más alto que yo?

—¡Quién lo duda! Y más pronto llegaré á tu corazón que el de la condesa del entresuelo.

—La condesa no tiene que esperar. En casa de las mujeres ricas hace antesala, hasta el Amor.

—El caso es... que eres muy bonita:

—Y tú muy charlatán.

—Quien no habla se pierde.

—Y quien habla mucho se pierde también.

—Entonces hablemos un poquito...

El desenlace de este diálogo interesante no fué otro que el esperado por el primo y el deseado por la prima. La doncellita le entregó con sus primeras caricias el secreto de sus más íntimos anhelos, y al fin de no seguir aburriéndose en aquella soledad, dió permiso al primito para que la visitase de cuando en cuando.

Pero no es esto lo más gracioso del lance, que es bastante vulgar, como ustedes habrán visto, sino el breve diálogo que al día siguiente tuvieron de ventana á ventana la niña y el estudiante.

—Oiga usted, buena prenda, en qué queda aquello del desayuno?

—Ya no lo sirvo á domicilio.

—¿Pues cómo? ¿Tan pronto ha variado usted de modo de pensar? Francamente, no lo entiendo.

—Me establezco por mi cuenta.

—¿Quiere usted admitirme como parro-

### ¡ES QUE HAY QUE VERI...



—Si señores, sufro mucho por falta de amor, porque aunque tengo muchos adoradores, soy tan delicada para escoger que no encuentro uno que me llene del todo.

quiano? Le aseguro que sería la mar de asiduo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es usted muy perezoso y á mí me gustan los que madrugan, ó por lo menos, los que se levantan á su debido tiempo.

José Moreira



La señora.—Ya te puedes figurar á quién voy á visitar; si viene el señorito procura entretenerlo hasta que yo vuelva.

La doncella.—Descuide la señora que llegaré si hace falta al sacrificio.

Lea usted el martes  
EN EL LIBRO POPULAR

EL OBSTÁCULO

Novela de  
LUIS DE VAL

♦ **Ejemplo** Las sufragistas yankees conocen que imitar muy bien cuál es la aguja de marear;

saben ser psicólogas, y comprenden que el medio mejor para hacer simpática su causa, es buscarle el flaco á los hombres. ¡Ahí está el gran secreto! La que posee el arte de saberlo buscar, y consigue convertirlo en grueso, ya puede estar segura del triunfo.

Y de que esas yankees saben lo que se traen entre manos, da perfecta idea lo que ha manifestado á los periodistas de Nueva York la secretaria de la federación de sufragistas norteamericanas:

«Nosotras creemos que el mejor medio para hacer propaganda de nuestra causa es enviar á hacer campaña por todas partes á hermosas mujeres, en vez de mandar, como hacen nuestras compañeras inglesas, espantajos á incendiar casas y romper los cristales en los escaparates de los comercios.

En dicho cortejo que preparan las sufragistas norteamericanas estarán represen-



—Bueno ¿y qué cenarías ahora?

—Pues mira á mí de entrada me apetecen espárragos...

—¡Muy bien!

—Pero con huevos.

—¿También de entrada?



—¡Estoy desesperada por esta maldita pulga, y luego es tan pequeña que no la encuentro! ¡Ay si se volviera una cosa que abultase más... un hombre, por ejemplo!

tadas por partes iguales las rubias y las morenas.

Para ser elegida no bastará el ser hermosa de cara, sino también tener una estatura proporcionada y un airoso continente.

Las cuarenta y ocho mujeres que se elijan vestirán de blanco y se adornarán con flores.

Asistirán á la manifestación varias bandas de música.

Abrirá la marcha una compañía de policías á caballo.

Cerrará el cortejo un batallón de madres jóvenes, llevando á sus hijos en brazos.

¿Qué tal? ¿Tienen ó no buen sentido las sufragistas de Norte-América?

Si esas cuarenta y ocho guspetonas ciudadanas acuden al Presidente de la República á pedirle el derecho de sufragio ¿qué ha de hacer sino dárselo? Si á mí me lo piden, en el acto se lo daría, hasta donde buenamente llegase.

Y figúrense ustedes la que se armaría aquí si el ejemplo se repercutiese.

Por lo pronto, no cuarenta y ocho, sino cuarenta y ocho mil mujeres hermosas, de esas que atolondran de despampanantemente succulentas, se podían reunir en menos tiempo que el que se tardase en convocarlas.

Lo del airoso continente, en este país, no es problema; aquí hasta los curas castrenses tienen andares de paso doble de Chueca. No solo están bien (las mujeres, no los castrenses) de continente, sino que están requetesuperiores del contenido.

Cuanto al vestido, tanto monta que sea blanco como que no sea de ningún color; por eso no hemos de regañar. Como si no quieren llevar ninguno.

Allí, que son gentes frías y flemáticas, bastará que abra la marcha una compañía de policía, pero aquí, que gracias á Dios somos de sangre meridional, y por consecuencia la tenemos mucho más caliente, en buena hora lo digamos, no habría su-



Elia.—Créame usted, vecino, con esta falda tan estrecha cuando subo escaleras las veo negras.

El.—¡Caramba, pues yo las veo color champán!

iciente para abrir ni con todas las fuerzas regulares é irregulares que hubiese disponibles. ¡Porque cuidado si hacen falta fuerzas para abrirlas la marcha á tanta mujer descacharrantel

Por último, no tendríamos envidia al batallón de madres jóvenes, que van á presentarse en Yanquilandia. ¡Hay por esas calles cada madre ora joven, ó ya jamona!

De suerte que ya lo saben las mujeres sufragistas españolas: Si quieren que se lo demos, ¡duro y á la manifestación! ¡Hay que moverse!

### El Doctor Bombarda

**Poemita** He aquí, caros lectores, todo un poema de amor en cinco cartas. Cayó en mis manos por obra y gracia de la casualidad, y como no me ha podido costar más barato, se lo regalo á ustedes desinteresadamente.

Tal vez mi amigo, el Sr. Martínez Sierra, que es un lince para estas cosas, pueda sacar de aquí una comedia completamente original.

#### Carta primera

*Del marqués de Zaragüeta á ella.*

«Señorita... ¡Qué desgracia no saber su nombre! Una carta de amor que empieza con un «señorita» á secas es cosa muy poco á propósito para enternecer ningún corazón femenino; así creo que ha de pensar usted y por eso me encomiendo de antemano á su bondad.

De todos modos sepa usted que la adoro y que estoy dispuesto á someterme á todas las pruebas de amor que quiera usted exigirme para conocimiento completo de la longitud, latitud y profundidad del mío; y por si algo puede pesar en el ánimo de usted, sepa que la Providencia se ha encargado de empezar á probar haciéndome gastar una tremenda dosis de paciencia y otra no menos respetable de metal acuñado hasta conseguir averiguar dónde vive usted y que esta carta llegue á sus manos. Viva usted tranquila: el personal doméstico que la rodea sabe su obligación.

¡Ay, señorita! Aunque sólo vi á usted un instante, entre el bullicio de la gente que salía de Apolo, crea usted que tuve tiempo suficiente para sentirme traspa-

do por la más certera de las flechas que disparó en toda su vida el gentil Cupido, á quien deben declarar campeón de todos los tiros nacionales y extranjeros. Y mi herida no tiene más cura que la que venga de sus manos.

Si de usted no viene, me iré muriendo lenta, pero continuamente, á menos que

#### TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Traje para andar por casa. (Bueno, nosotros decimos para andar, pero nuestras lectoras podrán usarlo para otra cosa).

me lea de un tirón un poema de Carulla, en cuyo caso la muerte será rapidísima.

Usted decidirá. Mi única ambición es poner á los pies de usted toda mi fortuna, hacerme su esclavo y morir á sus plantas como un perro fiel.

No estoy loco, á menos que padezca la locura del amor, que puede hacer la felicidad de usted y la mía.

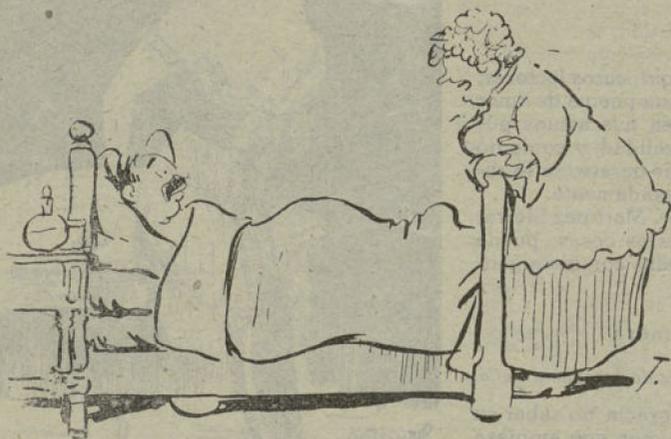
Adora á usted,  
EL MARQUÉS DE ZARAGÜETA.»

## Carta segunda

De Mimi Caireles al marqués de Zaragüeta.

«Señor marqués: No sé si tomar en serio ó en broma la declaración de usted, sin ejemplo en la historia de las declaraciones amorosas. ¡Si supiera usted cuantas menos ardientes y quizá menos sinceras han ido implacablemente á la tumbrel!

Pero, ¿qué quiere usted? las mujeres seremos siempre débiles y á mí me ha cogido usted en un momento de suma debilidad. Consiento en hacer una excepción en favor de usted. Después de todo puede que



*El huésped.*—¡Señora, qué lástima, me ha despertado usted en el momento en que en sueños abrazaba á la Bella Chichitof!

*La patrona.*—Pues hágase usted cuenta que soy de la familia.

su amor sea verdadero. Tengo la obligación de probarlo y lo probaré. Usted será á la postre el engañado.

¿Quiere usted venir á verme mañana? Estaré toda la tarde á su disposición.

MIMI CAIRELES.

## Carta tercera

Del marqués de Zaragüeta á Mimi Caireles.

«Adorable y adorada Mimi, alma de mi alma, corazón y sangre de mi sangre: Estoy loco de contento. Jamás fuí tan dichoso como ayer, respirando tu aliento, embriagándome en la contemplación de tus incomparables encantos, que tú me reve-

laste tan generosamente y que yo no pude soñar tan perfectos. ¿Cuándo volveremos á vernos? El jueves, ¿verdad? Sí, el jueves.

¡Ah! Acabo de encargar la confección de un modesto brazalete en recuerdo de aquellas horas de éxtasis. Grabarán la fecha en el interior y nuestras iniciales.

Adiós, ídolo mío.

EL MARQUÉS DE ZARAGÜETA.

## Cuarta carta

De Mimi Caireles al Marqués de Zaragüeta.

«Estoy esperando todavía ese famoso brazalete. No es que tenga en ello ningún interés; pero me parece que no es esta manera de portarse con una señora, sobre todo después de las horas de éxtasis, según usted dice. A ver, no resulte que tropecé con un cochero. Con que, usted dirá.

MIMI.»

## Carta quinta

Del Marqués de Zaragüeta á Mimi Caireles.

Esta carta no contiene más que una palabra de seis letras, precisamente la misma que se atribuye al coronel francés Cambronne. No sé si ustedes la conocerán; pero me es imposible reproducirla aquí.

FÉLIX RECIO

## Pepinillos en vinagre

¡Rediez con Belmontel

¡Gachó lo que suenal...

¡Y la Goya entre tanto eclipsadal

¡Caramba, qué penal

■ ■

¡Ánda vé y dile á tu madre que la doy cuatro pesetas si sabe quién fué tu padre!

---

## El sorteo de nuestro primer Concurso

Como habíamos anunciado, el jueves de la pasada semana se celebró en el Teatro Romea, á las once de la mañana, el sorteo de nuestro primer Concurso, que fué presidido por un inspector de Policía.

El número agraciado, sacado del bombo por la mencionada autoridad, es el **5.779.**

Hasta la fecha no se nos ha presentado su poseedor, cuyo retrato y nombre publicaremos al conocerle.

### Concurso de San Isidro

(Véase nuestro número anterior)

Publicamos hoy el segundo cupon para el Concurso de las fiestas de San Isidro, y en el próximo número, con el tercero, que será el último, diremos cómo podrán hacer el canjeo nuestros lectores de provincias.

Concurso de las fiestas de San Isidro

CUPÓN NÚMERO

2

La serie de TRES cupones podrá ser canjeada por un número para el sorteo.

En breve el Concurso de LAS PANTORRILLAS

Se publicará en breve

# BELMONTE

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Con ilustraciones y portada á tres  
tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

---

No se olvide usted de leer mañana:

## *Crónica del Crimen*

PUBLICACION GRAFICA

16 grandes páginas

5 céntimos

---

**¡¡IMPRESORES!!**

Máquina plana, para papel 70  
por 100, que tire á la vez dos  
tintas, se desea adquirir.

Proposiciones por escrito,  
al Director de EL LIBRO  
POPULAR, Madrid. - -